

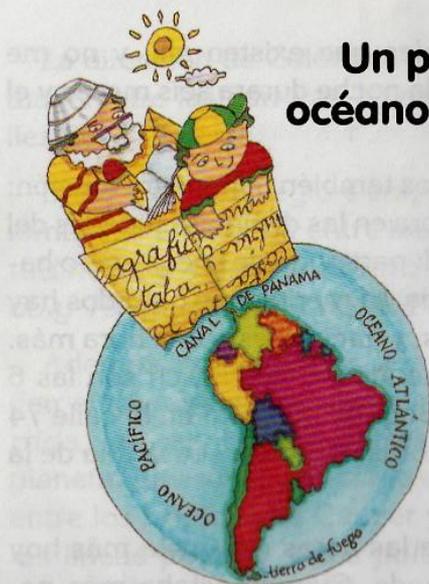
Colombia , mi abuelo y yo

Relatos mágicos de nuestra geografía

Aquí encontraras los siguientes relatos:

1. **Un país con dos océanos a sus pies. Pág. 3**
2. **Fronteras en la selva y fronteras en el mar. Pág. 6**
3. **Las moronas de la tierra colombiana desperdigadas en el mar. Pág. 11**
4. **Un paseo que echó a perder una bella teoría. Pág. 13**
5. **No sólo por las montañas Colombia tiene muchos climas . Pág. 16**
6. **El páramo, un lugar sagrado en los altos de la montaña. Pág. 19**
7. **En Colombia corren muchos ríos: algunos son negros, otros son blancos. Pág. 21**

Un país con dos océanos a sus pies



Mi abuelo tenía la costumbre de escribir notas hasta en las servilletas y en los mapas. En éstos apuntaba las cosas más importantes. Un día me reveló que lo hacía simplemente para que yo, que era tan pequeño, las recordara.

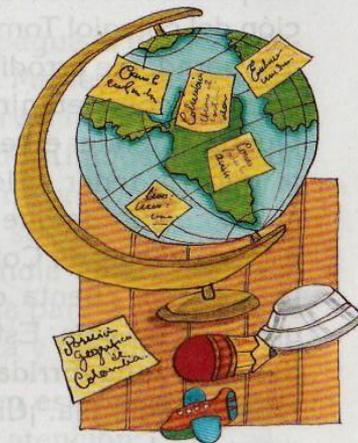
Por ejemplo, en el mapamundi —que era todo en colores— trazó un recuadro. En él escribió:

La superficie del planeta Tierra está cubierta en un 72% de agua. El resto lo ocupan los continentes: Asia, Europa y África; el nuevo continente, o sea América; y Oceanía y la Antártida.

Yo participé en la elaboración de algunos recuadros. Me encantaba ayudarle. Era como un juego para mí.

Un día descubrí un recuadro en el que yo no había participado. Lo debió hacer el viejo a escondidas.

Estaba escrito en el mapamundi y se llamaba:



VENTAJAS DE LA POSICIÓN GEOGRÁFICA DE COLOMBIA

Decía así:

1. América del Sur parece un triángulo parado en una punta. Colombia está en una de sus esquinas.
2. Colombia tiene costas sobre los dos océanos más grandes de la Tierra, el Atlántico y el Pacífico. Por el Atlántico nos podemos comunicar con Europa y África, y por el Pacífico con Australia y Asia.
3. Colombia está próxima al canal de Panamá, el de mayor movimiento comercial del mundo.

Confieso que cuando lo vi por primera vez me pareció un cuadro algo aburrido. ¡Una lección del colegio! Tomé mi butaca, la acerqué a la pared, me arrodillé en ella y me dediqué a mirar con detenimiento el mapamundi. Quería entender el recuadro. Algo interesante debería tener si lo había hecho el viejo. Me di cuenta de que él había remarcado en rojo el croquis de Colombia. Así me fue más fácil darme cuenta de la ubicación privilegiada de mi país. Está en la mitad del mundo, en la zona tórrida, y con un gran pedazo rodeado de agua. ¡Un país con dos océanos a sus pies!

Algo no me quedó muy claro. Lo del canal de Panamá. Mi abuelo me contó que en el pasado los barcos debían ir hasta la Patagonia, al extremo sur del continente americano, si querían cruzar de un océano a otro. Eran días y días de viaje. Hoy se pasa del Atlántico al Pacífico en sólo ocho horas, por el canal de Panamá. Todos los días cruzan por allí unos 45 buques que llevan banderas de distintas naciones del mundo.

Papá Sesé solía decir que Colombia tiene una forma extraña.

—Mira —me dijo un día—. Observa muy bien los países del mundo. Apuesto a que no encuen-

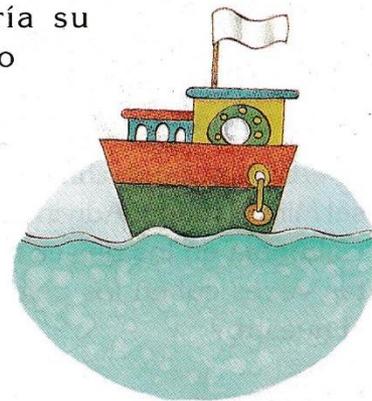
tras un país con una forma más difícil de pintar que Colombia.

Obedecí contento. Apagué la luz del cuarto y prendí la del globo. Me senté en la butaca y me dediqué a observar la forma de cada uno de los países: Estados Unidos parece un rectángulo, Chile es como una culebra, Italia como una bota, Egipto se puede pintar casi con cuatro líneas, la India es un triángulo patas arriba, y Colombia parece una estrella de cinco puntas, chueca y mal dibujada.

Estaba entretenido en este juego cuando mi abuelo me llamó la atención:

—Te voy a mostrar algo —me dijo mientras abría su baúl. Sacó un viejo mapa y lo extendió—. Así era Colombia hace un siglo —comentó.

Quedé asombrado. Era un mapa distinto. Más grande, más fácil de pintar. Era casi redondo, y ¡Panamá formaba parte de esa antigua Colombia!

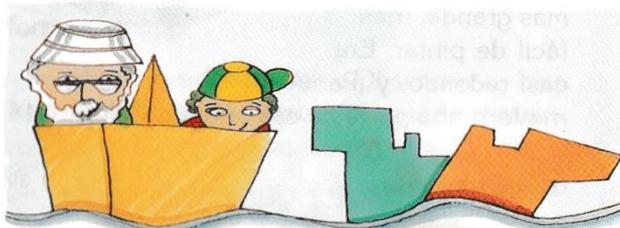


Mi abuelo tomó de nuevo el mapa y mientras lo guardaba en el baúl me dijo:

—En la actualidad tenemos aproximadamente un millón 141 mil 695 kilómetros cuadrados de tierra en el continente. Si contamos la superficie de las islas y los cayos que poseemos en los mares, aumenta a un millón 141 mil 748.

—Te sorprendió ver a Panamá en un viejo mapa, ¿verdad? —me preguntó mientras pasaba su mano sobre su cabeza—. Te voy a contar: en la época en que los países que tenían más barcos navegando por los mares del mundo empezaron a hablar de la importancia de un canal que uniera los dos océanos, Panamá era un departamento de Colombia. Sin embargo, en 1903, en un episodio desafortunado, Panamá se convirtió en un nuevo país.

—Bueno, bueno. Inventemos otro juego. ¡Ya sé! Mira el mapa. Adivina: ¿Cuántas veces cabe Colombia en los países más grandes, y cuántas veces caben los países más pequeños en el nuestro?



Me entusiasmó la idea. Observé el mapa.

—Sí, Colombia no es grande ni pequeña. Estados Unidos es muy grande —le dije—. También Australia y Brasil... España e Italia parecen más chiquitos. ¡El Salvador es chiquitico!

Mi abuelo abrió de nuevo el baúl y sacó un libro. En él aparecían los datos más importantes sobre todos los países del mundo. El viejo tomó también un lápiz y un papel. Lo vi haciendo divisiones.

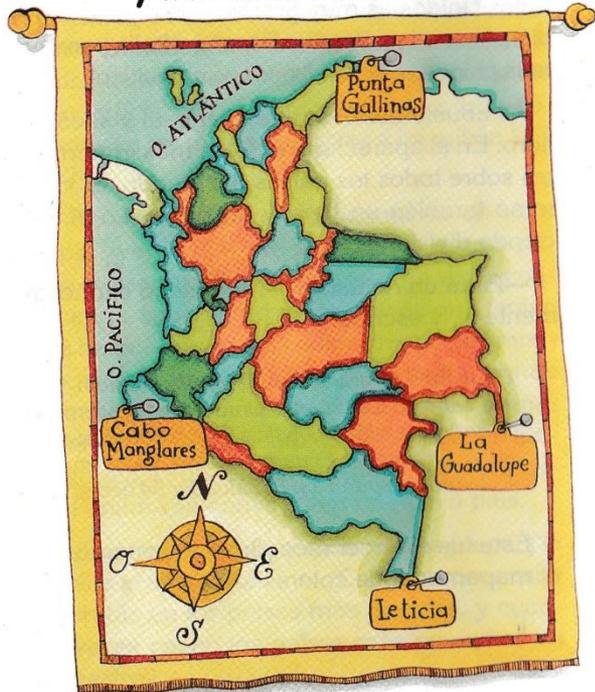
—Pinta un recuadro —me ordenó cariñosamente—, y escribe:

No somos ni grandes ni chiquitos. Colombia cabe en los Estados Unidos 8 veces; en la antigua Unión Soviética 19 veces, en Brasil 7. En cambio Ecuador cabe 4 veces en Colombia, España 2 y El Salvador 54 veces.

Éste fue el tercer recuadro que pegamos en el mapamundi de colores...



Fronteras en la selva y fronteras en el mar



Una noche mi abuelo me dijo:

—Observa otra vez el mapa y dime:
¿Qué puntos están más al norte, más
al sur, más al este y más al oeste de Colombia?

Tomé mi butaca y me planté frente al mapa.
—Al norte, Punta Gallinas —grité feliz—. Al sur,
Leticia... Cabo Manglares al oeste y Puerto
Carreño al este.

—Bien, muy bien. Sólo fallaste en el último.

Papá Sesé tomó mi dedo y me hizo señalar
sobre el mapa una línea recta de Puerto
Carreño hacia abajo. Tenía razón. Esa nariz fla-
quita que le creció a Colombia en el Guainía está
más al este. Miré detenidamente la punta de la
nariz. Entonces descubrí un nombre escrito con
la letra de mi abuelo: La Guadalupe.

—Punta Gallinas, Leticia, Cabo Manglares,
La Guadalupe —repetí triunfante.

—Yo conozco esas cuatro puntas de Colom-
bia —susurró orgulloso el viejo—. ¿Quieres
que te cuente cómo son?

—¡Claro! —contesté. Salté de la butaca,
busqué un cojín y me arrunché en él. Me en-
cantaba escuchar así las historias de mi abue-
lo. Me sonaban a esos cuentos con los que
nos arrullaban en la cuna.

VAMOS PRIMERO al norte, a Punta Gallinas. En medio de un inmenso desierto empieza Colombia. Allí hay un faro que da las señales de peligro a los navegantes que vienen del norte. Al lado se encuentra un rancho donde a veces duerme el guardafaro.

El trabajo de este hombre consiste en limpiar el faro y cambiar cada año la bomba de gas que alimenta su luz.

Punta Gallinas es el sitio más al norte del territorio continental colombiano. Pero el pueblo ubicado más al norte se llama Taroa. Allí todo es arena. Sus casas parecen sucias de tanto soportar las tormentas de polvo.

Si tú fueras un niño de Taroa te levantarías muy temprano. Tal vez cuidarías las cabras y tendrías un burro para ir por el agua. En la alta Guajira éste es el oficio de los niños. Ellos deben recoger en cántaros el agua de los jagüeyes; así llaman a los pozos.

Si fueras de Taroa, tu mamá sería indígena. Se vestiría con bellas mantas hechas con me-



tros y metros de telas de colores. Ella, al igual que tú, usaría jutepa, un polvo negro que se untan los guajiros en la cara para protegerse de las quemaduras del sol.

Para estudiar tendrías dos opciones: ir a la escuela del pueblo, o ir al internado indígena de un pueblo llamado Nazareth. El internado funciona en una casa inmensa. En los dormitorios no hay camas sino hamacas, y las clases se dictan en guajiro y en español.

Los hombres de Taroa viven de la pesca de langosta y de tortuga. También se dedican al contrabando. Ésta es una vieja historia.

Vamos ahora al sur, a orillas del río más caudaloso y ancho del mundo: el Amazonas. Allí, en medio de la selva, está Leticia. Es la ciudad colombiana que está más al sur. Pero el sitio más al sur queda donde la quebrada San Antonio regala sus aguas al Amazonas.

En Leticia se acaba Colombia. De ahí en adelante la selva pertenece al Perú y a Brasil.

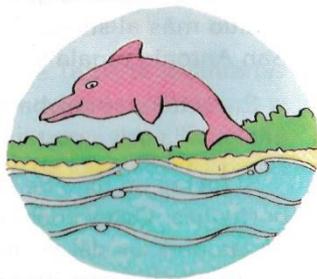
Si fueras un niño de Leticia, tal vez sabrías portugués. Conocerías más de la televisión y de las noticias del vecino país que del tuyo. Quizás también creerías en leyendas como las que escuché una noche en Boi-Aua-Suu. Éste

es un caserío indígena en la frontera con Perú. Estas leyendas tienen que ver con el Amazonas, un río al que se ama, pero al que también se teme.

Los pobladores de Boi-Aua-Suu relatan que un fantasma habita en sus aguas. Se llama Yucumuna. Es una gigantesca serpiente que se disfraza de navío en las noches de tormenta. De su interior brota un lamento que hechiza a los pescadores. Cuando éstos se acercan Yucumuna, en silencio, se los lleva.

Cuentan que existe otra terrible y voraz serpiente de fuego que ataca a quienes queman la vegetación que crece a orillas del río. Además aseguran que por las aguas del Amazonas viaja un pez grande, rosado, que enamora a las mujeres.

Dejemos por ahora las leyendas, y vamos al occidente, a Cabo Manglares. Es un pueblo gris, de unas cuarenta casas de madera. Se encuentra en el sitio donde



el río Mira desemboca en el Pacífico. La escuela a la que asisten los niños como tú está construida en madera.

Como no hay sino una sola profesora, los alumnos de todos los cursos de primaria comparten un mismo salón. Cuando las clases terminan los niños se van de pesca. Si los vieras te daría envidia. Tienen pequeñas canoas, a las que llaman potrillos. Cada uno coge el suyo y sus remos y se van por los caños...

En Cabo Manglares no hay agua, ni médico, ni luz eléctrica. Cuando sus habitantes se enferman, o necesitan comprar sus cosas, viajan al Ecuador.

Existe algo muy lindo en Cabo Manglares. Las flores de un día. Son flores que abren sus pétalos a las 6 de la mañana y mueren a las 6 de la tarde. Viven sólo un día.

CERRÉ LOS OJOS para tratar de imaginarlas. Creo que Papá Sesé pensó que yo estaba aburrido o dormido. De repente me preguntó si recordaba el nombre del pueblo situado más al este de Colombia.

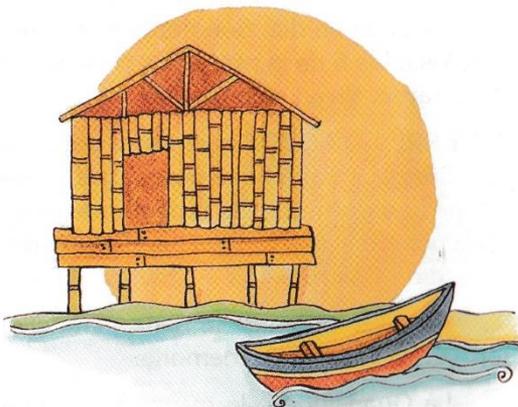
—El de la punta de la nariz —me dijo. Por fortuna ya lo sabía de memoria.

—La Guadalupe —le respondí. Pero no me

aguanté las ganas de aclararle que yo no estaba ni dormido ni aburrido.

—Papá Sesé, cerré los ojos porque quería soñar con las flores de un día, con Yucumuna, con el pez rosado, con los niños de Taroa... —le dije. El viejo quedó contento, me abrazó y continuó con su historia:

LA GUADALUPE está frente a la piedra más bella que conozco: la piedra del Cocuy. En los viejos libros de geografía se decía que pertenecía a Colombia y que servía de límite entre nuestro país, Brasil y Venezuela. Por eso cuando la visité por primera vez sufrí una terrible desilusión. ¡Es toda de Venezuela!



Muy grande y gris, la piedra parece puesta adrede para romper el paisaje siempre igual de la selva. Debe ser tan alta como un rasca-cielos. Desde horas antes de llegar hasta ella, mientras se viaja en canoa, se ve reflejada en las aguas del río Negro.

Como cada lado del río pertenece a un país, las embarcaciones deben llevar siempre las banderas de Colombia y Venezuela. Justo a partir de la piedra del Cocuy, el río y la selva pasan a ser de Brasil.

Al lado de la piedra, Venezuela tiene un puesto militar. Brasil también construyó un pueblo en la frontera. Se llama Cocuy. Allí aterrizan todos los días aviones que traen provisiones. Es un pueblo con panadería, hospital, cine y hasta billares.



Nuestro último pueblo se llama La Guadalupe, un caserío de cuatro casas donde viven el inspector, el maestro y su familia, unos colonos y una familia de indígenas curripacos.

Los colombianos que viven a orillas del río Negro se ven obligados a viajar por caminos, caños y ríos venezolanos para llegar a Puerto Inírida, la capital del Guainía. Sólo allí pueden tomar un avión que los lleve al interior del país.

MI ABUELO hizo un largo silencio. Luego se acercó al cojín donde yo estaba acurrucado, me dio una palmadita en el hombro y me dijo:

—Siento un poco de tristeza cuando hablo de las fronteras de Colombia. ¡Los que viven allí tienen que pasar tantos trabajos! —agitó sus largos brazos con un gesto de enojo. Sacudió la cabeza, y prosiguió su relato:

COLOMBIA posee fronteras con *Venezuela, Brasil, Ecuador, Perú y Panamá*. Son casi todas zonas selváticas a donde resulta difícil llegar. La más inhóspita y deshabitada es la frontera con Panamá. Se trata de una barrera de espesa manigua y húmedos pantanos. Siempre la han llamado el *tapón del Darién*. Sin embargo, es un lugar muy bello.

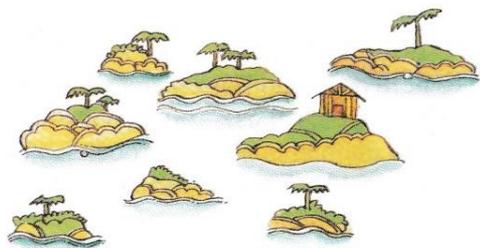
Allí se engancha América del Sur con la América Central. En esta estrecha faja del continente, que apenas mide 266 kilómetros de ancho, parece que hubiera encallado el arca de Noé. En su serranía corretean animales que bajan del norte y que suben del sur. Por ejemplo, las aves que vuelan miles de kilómetros, huyendo del invierno, hacen allí una de sus más largas escalas.

Algún día este tapón será destapado para darle paso a una carretera que unirá a toda América, desde la lejana Patagonia hasta la fría Alaska.

—BUENO, BUENO, ya he hablado mucho, y es hora de ir a dormir —dijo finalmente Papá Sesé—. Pero, ¿sabes? —añadió cuando yo ya le había dado el beso de las buenas noches y estaba a punto de salir del cuarto—, Colombia tiene otras fronteras, que van por entre las olas del mar, y además un pedacito de territorio muy, pero muy cerca de Jamaica. Otro día te hablaré de ello.

Me fui a dormir pensando que mi abuelo estaba confundido. ¿Fronteras en el mar? ¿Colombia con territorios cerca de Jamaica, esa isla que está cerca de Estados Unidos y no de nosotros? ¡Eso no lo había escuchado nunca!

Las moronas de la tierra colombiana desperdigadas en el mar



La curiosidad casi no me deja dormir aquella noche. Me levanté muy temprano y antes de irme a la escuela corrí a hablar con mi abuelo. Él se rió con agrado de mi ansiedad. Nos fuimos a su cuarto y miramos el mapa de América. Me señaló unos punticos perdidos en

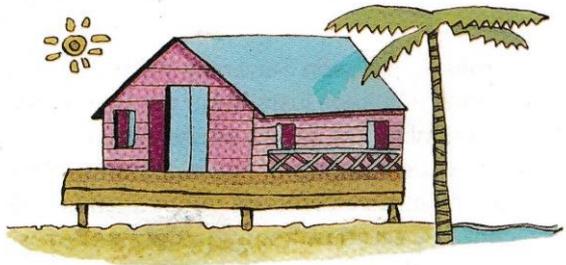
el mar Caribe: *Serranilla, Serrana, Roncador, Quitasueño, Alburquerque, Cayo Bolívar, Bajo Nuevo.*

Los más lejanos son Serranilla y Bajo Nuevo. ¡Claro, están situados justo al sur de Jamaica! Y son de Colombia. Los demás se encuentran frente a las costas de Nicaragua, cerca de San Andrés y Providencia. Son territorios tan pequeños que no alcanzan a ser islas. Por eso se llaman cayos. Todas estas islas y estos cayos forman un archipiélago.

San Andrés, Providencia y Santa Catalina son islas habitadas por colombianos que hablan inglés. Además, los nativos más viejos bailan *polka* y *chotis*, que son danzas de las antiguas cortes europeas.

En el pasado de los isleños existen piratas ingleses, piratas, corsarios bucaneros y aventureros; ingleses, holandeses, franceses y esclavos negros.

—Todavía se presentan disputas por estos pequeños puntos —me explicó Papá Sesé—. Algunos dicen que no nos pertenecen. Pero existen dos tratados, uno firmado con el gobierno de Nicaragua, y otro con el gobierno de los Estados Unidos, que ratifican que pertenecen a Colombia. Ahora esos sitios pare-



cen muy lejanos, como si no nos pertenecieran. Pero si te acuerdas de que Panamá era nuestro, y también parte de la costa de América Central sobre el mar Caribe, nos explicamos por qué nuestra bandera flota en esas islas y cayos.

Luego mi abuelo fue hasta su baúl y sacó un recorte de una revista y me lo entregó.

—Léelo y así matarás toda tu curiosidad —me dijo. Salí para la escuela, y antes del recreo ya había leído el recorte. Esto fue lo que entendí:

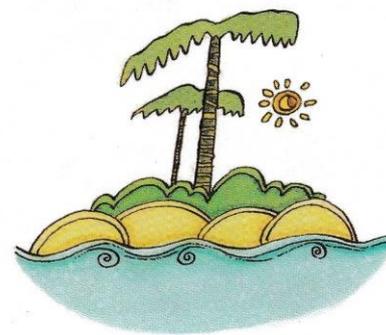
LOS CAYOS parecen moronas de territorio colombiano desperdigados en la inmensidad del mar. Para llegar a ellos se necesita realizar

largos viajes en barcos. Son tan pequeñitos que desde un avión se ven como manchas verdes y amarillas flotando en el agua. En ellos sólo habita un puñado de infantes de la marina, unas cuantas palmeras y, en época de cría, cientos de aves marinas.

Según una leyenda, los antiguos navegantes que pasaban junto a los cayos, al occidente de San Andrés, oían aterrorizados unos misteriosos ronquidos. Eran tan fuertes que parecían los ronquidos de un ogro. Desde entonces a esos cayos se les conoce con el nombre de Roncador y Quitasueño.

Roncador es una inmensa roca de coral, del color del desierto.

Quitasueño, por su parte, está formado por un pedazo de tierra escondida aún bajo el mar.



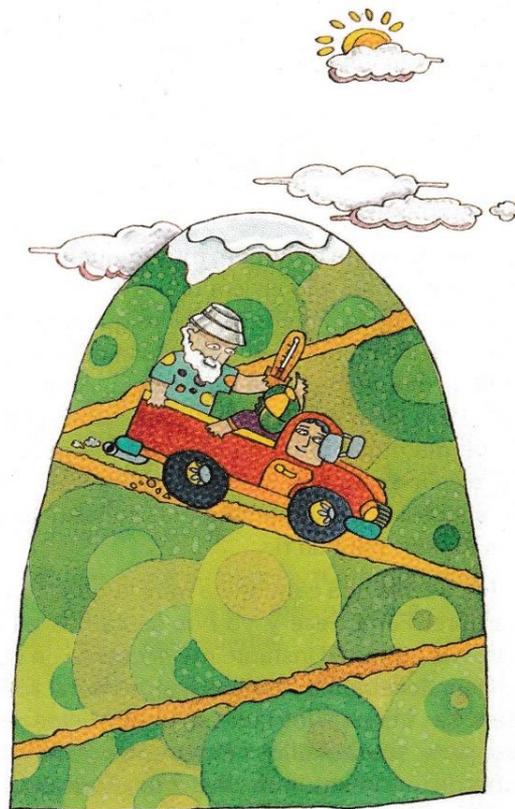
De lejos los marineros sólo ven una estela de espuma que se forma al chocar las olas con esta piedra sumergida.

Serrana es el cayo más grande, el de más vegetación y el que tiene más riqueza pesquera.

Cada uno de estos cayos se puede recorrer a pie en sólo diez minutos. Sus aguas son muy ricas en peces y en todo tipo de animales marinos. Pero los barcos piratas siempre han rondado por allí y han saqueado esta riqueza. Ellos aniquilaron hasta la última de las focas que vivían en los cayos.

POR LA NOCHE VOLVÍ a revisar el mapa. ¡Sí, Serranilla y Bajo Nuevo son los puntos más al norte que tiene Colombia y están muy, pero muy cerca de Jamaica. Y Alburquerque, otro pequeño cayo, es el punto de Colombia más al occidente, ¡más que Cabo Manglares!

Un paseo que echó a perder una bella teoría





Confieso que entender la razón de por qué existen tantos climas no fue para mí nunca un asunto sencillo. Me sabía como una lección aprendida de memoria aquello de que Colombia queda en la zona tropical y de que esta zona es la más cálida y lluviosa de la Tierra. También repetía como en una cantaleta que la altura determina la temperatura en el trópico.

Cuando yo era muy, pero muy pequeño, creía que cuanto más alto viviera uno en la montaña, más calor hacía. Para mí era claro que mientras más se subiera, más cerca se estaba del Sol. Total, que allá arriba hacía más calor... Ahora me río de mis ideas de niño. Aún pensaba así cuando un día organizaron en la familia un paseo a tierra caliente. Empacamos los vestidos de baño, las sandalias, los sombreros y las cañas de pescar. Íbamos para un río.

Papá tenía una camioneta muy larga y, como siempre, Papá Sesé y yo nos sentamos en la parte de atrás. Al instante me di cuenta de que el viejo llevaba los bolsillos llenos de cachivaches. Las libretas, los lápices, los anzuelos casi rompían sus bolsillos. Pero entre todo ese montón de cosas, me llamó la atención un instrumento que nunca antes había visto. Pare-

cía casi igual a aquel tubo con que mi mamá medía mis fiebres. La única diferencia era que estaba pegado a una base de madera en la que se veían muchas líneas y varios números.

—Fíjate —me susurró mi abuelo tomando este objeto entre sus manos—. Es un termómetro. Con él vamos a medir «la fiebre» del aire en cada uno de los sitios por donde pasemos. Observa —me dijo antes de partir—; aquí marca 14 grados de temperatura. Hace frío.

Por fin arrancamos. Mi primera sorpresa fue ver que en lugar de subir por las montañas, hacia el sol, nos alejábamos de él. La carretera descendía en medio de peligrosos precipicios. Al poco tiempo empezamos a bajar los vidrios de las ventanas. Hacía un poco de calor. Luego tuvimos que quitarnos los sacos. Después de dos horas de viaje, mi abuelo dijo tras un largo suspiro:

—Huele a tierra caliente. ¡Qué maravilla de olor! Las flores, las plantas, el color, todo es distinto en tierra caliente.

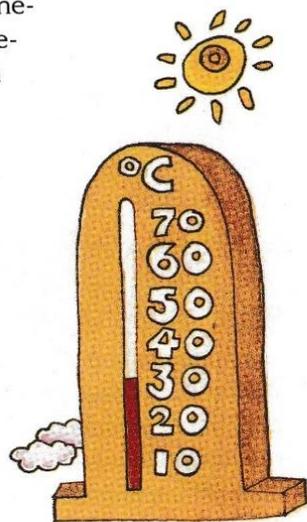
El viejo sacó de nuevo el termómetro. Sin decirme nada lo puso ante mis ojos. La raya roja había crecido. ¡La temperatura había aumentado 14 grados desde que salimos de la ciudad! ¡El termómetro señalaba ahora 28 grados!

Papá Sesé sonrió maliciosamente y me dijo: —Ahora estamos más abajo, pero hay más calor porque más capas atmosféricas nos separan del Sol. Es como si tuviéramos más cobijas encima.

Llegamos al río y sacamos el equipaje. Mientras mi mamá y mi papá organizaban las cosas, mi abuelo tomó de su bolsillo una libreta y un lápiz. Pintó una montaña y la dividió en cinco partes. De abajo arriba fue escribiendo lo siguiente frente a cada parte:

Piso cálido: Va desde la orilla del mar hasta los 1.000 metros de altura. Sus temperaturas son superiores a los 20 grados centígrados. Casi un 80 por ciento del territorio de Colombia pertenece a este clima.

Piso templado: Está ubicado entre los 1.000 y los 2.000 metros de altura. Pertenecen a este clima más o menos el 10 por ciento de la superficie del país.

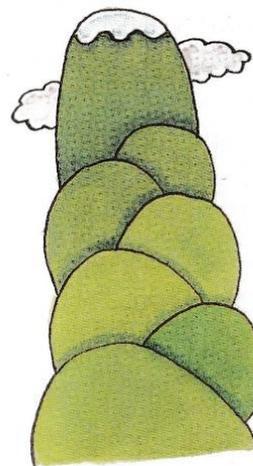


Pilar Lozano

Piso frío: Es el clima característico de las regiones comprendidas entre los 2.000 y los 3.000 metros sobre el nivel del mar. Su temperatura oscila entre los 6 y los 18 grados. Cerca del 8 por ciento de nuestro territorio es frío.

Piso de páramo: Corresponde a las tierras situadas entre los 3.000 y los 4.000 metros de altitud. Su temperatura es menor de 12 grados. El 2 por ciento del territorio colombiano se encuentra en este piso.

Piso de nieves perpetuas: Se halla por encima de los 4.000 metros de altura.



Colombia, mi abuelo y yo

Me quedé boquiabierto. El dibujo de mi abuelo desbarató en un instante mi novedosa teoría sobre el frío y el calor.

Ahora todo se reducía a tener más o menos cobijas de capas atmosféricas encima.

Pronto olvidamos el gráfico y nos dedicamos a la pesca. Papá Sesé se puso sus bermudas, unas alpar-

gatas y su sombrero de paja. Encendió un tabaco y se echó la atarraya al hombro. Ésta es la imagen más viva que guardo de mi abuelo.

Durante el viaje de regreso, él llevó todo el tiempo el termómetro en la mano. Cuando arrancamos marcaba 24 grados. Comenzaba a atardecer y ya el sol no calentaba tanto. A medida que subíamos la temperatura iba bajando.

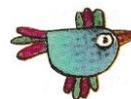
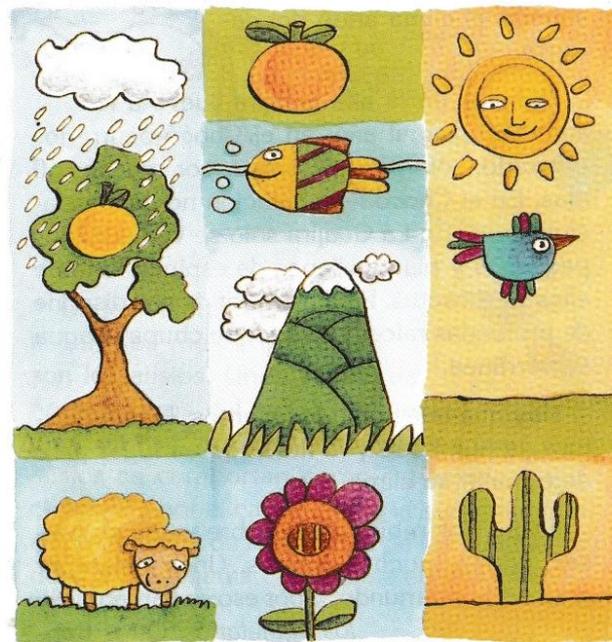
—Por cada 184 metros que subamos, la temperatura baja un grado —me dijo al oído el viejo, como si se tratara de un gran secreto.

No volvimos a hablar del tema. Años más tarde, estuve pensando de nuevo en los climas. ¿Por qué sitios que están a la misma altura tienen climas tan diferentes? ¿Por qué en la costa del Chocó llueve casi todo el año, mientras en la costa de La Guajira llueve tan poco?

Esculqué el baúl de mi abuelo, tratando de hallar alguna explicación. Al fin encontré una libreta que estaba marcada con un rótulo en el que se leía:

NO SÓLO POR LAS MONTAÑAS
COLOMBIA TIENE MUCHOS CLIMAS

No sólo por las montañas Colombia tiene muchos climas



Las costas del Chocó y La Guajira, aunque registran temperaturas parecidas, tienen distintos climas. En el

Chocó reina un clima tropical húmedo con vegetación de selva. La Guajira soporta el clima árido del desierto.

Mientras en la alta Guajira llueve a lo sumo 60 días al año, en el Chocó ocurre lo contrario: sólo para de llover, por mucho, 60 días. En el Chocó la vegetación no deja espacios libres. En La Guajira sólo se ven arbustos pequeños y plantas llenas de espinas. Una de ellas es el cactus. Para no morir de sed dispone de profundas raíces con las que chupa el agua subterránea.

Hay que relacionar los vientos, la temperatura, la humedad y la lluvia de un lugar para determinar su clima.

Sobre Colombia, como sobre todos los países, corren muchos vientos. Unos viajan por gran parte del mundo, y por eso se llaman *vientos planetarios*. Otros transitan por zonas más pequeñas; se trata de los *vientos regionales*. Y otros apenas recorren pequeñas distancias en un mismo país;



se les denomina *vientos locales*.

De los vientos que nos llegan, los más importantes son los alisios. Unos vienen del norte y otros del sur. Son vientos planetarios. Como todos los vientos, los alisios se comportan como esponjas. Van chupando por el camino toda la humedad que encuentran: la de la tierra, la de las plantas, la del mar... Llegan a convertirse en una caravana de nubes.

Cuando encuentran un obstáculo que les cierra el camino, se desploman en forma de lluvia.

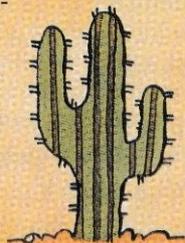
En ciertas épocas, los alisios del norte penetran más en Colombia; en otras, los del sur.

En agosto, por ejemplo, los del sur alcanzan a entrar hasta el centro de Colombia y son los que elevan las cometas de los niños.

Las montañas conforman una gran barrera para los vientos. Les impiden andar a sus anchas. A veces los obligan a cambiar de rumbo. Otras veces, cuando las montañas forman corredores, los vientos viajan por allí encañonados.

En ciertas ocasiones una misma montaña se convierte en el límite entre una zona seca y una húmeda. Esto ocurre cuando los vientos llegan, chocan y descargan toda su humedad de un solo lado. Si una persona se parara en la cima de esa montaña, vería de un lado una región de grandes lluvias y del otro una zona del clima seco.

Gran parte de la culpa de que La Guajira y el Chocó tengan climas tan distintos es de las montañas. Por el Chocó corren unos vientos llenos de humedad que vienen del océano Pacífico. Pero encuentran una barrera: la cordillera Occidental; allí se estrellan, y dejan caer toda la lluvia sobre el Chocó.



Sobre La Guajira soplan también muchos vientos. Pero como en esa península no existen montañas suficientemente altas para atrapar los vientos y robarles su humedad, sobre su desierto casi nunca llueve.

Sí, Colombia es un verdadero mosaico climático. Si la pudiéramos observar desde arriba, veríamos, a un lado, un gran pedazo verde tupido de árboles. Es la selva: caliente, muy húmeda y lluviosa. Al oriente, una extensa planicie, los Llanos. También con mucho calor pero con épocas bien marcadas de lluvia y de sequía.

Al occidente contemplaríamos las montañas. Y en ellas todo un enjambre de diferentes paisajes: en los picos más altos la nieve; más abajo los frailejones de los páramos; luego los bosques de climas fríos que se visten con una vegetación distinta y variada en la medida en que se baja por la montaña. La zona del Pacífico parecería otra mancha verde de selva. Y al norte habría una sombra amarilla, la sombra del árido desierto de la alta Guajira.

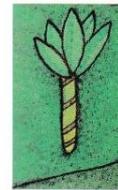
Somos un país de muchos climas y muchas vegetaciones. Nos contamos entre las únicas cuatro naciones que tienen la altura y la humedad necesarias para que crezcan los fraile-

jones. ¡Los colombianos somos dueños de la mayoría de los páramos que existen en el mundo!

LAS NOTAS de Papá Sesé seguían. Se referían ahora a los páramos.



El páramo, un lugar sagrado en lo alto de las montañas



Los páramos son sitios misteriosos, casi siempre envueltos en la niebla. En ellos crece una planta que usa ropa para protegerse del frío. Se llama *frailejón*. Esta curiosa planta puede vivir mucho

tiempo. ¡Algunas llegan a cumplir años durante siglos!

En los páramos existen muchas lagunas sagradas. En la laguna de Iguaque, en un páramo cerca de Villa de Leiva, apareció Bachué. Ella fue la madre de la humanidad, según una leyenda de los muiscas.

Para los indígenas arhuacos las lagunas de los páramos también son sagradas. Allí, dicen ellos, descansan los espíritus de los hombres que no les hicieron daño a los demás, ni a los árboles, ni a los pájaros, ni a las plantas. Desde allí, desde lo alto de las montañas, vigilan a los demás mortales.

Amo el páramo. Me gusta visitar el de Sumapaz. Queda muy cerca de Bogotá y es el más grande del mundo. Los pocos campesinos que se arriesgan a convivir con el frío, la neblina y el viento, aseguran que en Sumapaz hay lagunas encantadas. Si nos acercamos con la intención de dañar sus orillas, ellas se enfurecen, dicen.



Todos los colombianos deberíamos, como los indígenas, cuidar y proteger los páramos como si se tratara de sitios sagrados. A esta conclusión llegué luego de admirar su belleza, de valorar su utilidad y de leer a un geógrafo muy importante que sabe mucho de los páramos, Ernesto Guhl.

Si se acabaran los páramos se secarían los ríos. ¡Los páramos son como las grandes fábricas de agua del país! Allí nacen nuestros ríos más caudalosos. El piso del páramo es de musgo. Éste, a manera de esponja, recoge el agua de la lluvia, de la neblina y de la escarcha. La chupa y guarda parte durante el invierno, y en verano la distribuye entre los ríos y riachuelos.

LOS APUNTES de Papá Sesé me dejaron pensativo. No me imaginaba que los páramos fueran tan importantes... No sabía que la tierra de los frailejones resultara tan importante para nuestros ríos. Continué leyendo la libreta del abuelo. Seguía un capítulo sobre ríos.





**En Colombia corren
muchos ríos:
algunos son negros,
otros son blancos**



Somos un país rico en ríos. Colombia figura en tercer lugar en la lista de países que cuentan con un mayor número de ríos. Sólo nos ganan Canadá y Brasil. Al final de la lista aparecen naciones como Libia, que no posee ni un solo río que nunca se seque.

Pero no todos los ríos son iguales. En los Llanos y en la selva, por ejemplo, unos son blancos y otros son negros.

Los blancos nacen en las cordilleras. En su viaje recogen sedimentos como gredas, arenas y la tierra fértil de las montañas. Los peces los prefieren porque en sus aguas encuentran suficiente comida. El hombre también, porque en sus orillas los suelos son más productivos.

Los ríos negros nacen en las planicies del llano y de la selva. Corren generalmente sobre un lecho de arenas oscuras. Por eso sus aguas se ven negras, aunque de cerca resultan cristalinas. Los peces grandes no viven allí. En su lugar, hay miles de peces diminutos de vivos colores. Son los peces ornamentales que se exhiben en los acuarios.

Hace años se distinguían los ríos blancos de los negros no sólo por el color de sus aguas

sino porque en las playas de los blancos dormían cientos de caimanes y zumbaban batallones de mosquitos. Hoy en Colombia casi no hay caimanes.

AL LLEGAR a este punto interrumpí la lectura de las notas de Papá Sesé. Me moría de curiosidad por saber qué ríos eran blancos y cuáles negros. Busqué un mapa en el baúl y elaboré una pequeña lista.

Ríos blancos: El Amazonas, el Orinoco, el Caquetá, el Meta, el Putumayo, el Arauca, el Guaviare...

Ríos negros: El Vaupés, el Guainía, el Vichada, el Inírida, el Tomo y el Negro, por supuesto.

Retomé la libreta de mi abuelo. Así continuaban sus notas:

PARA MÚCHOS colombianos no existen más caminos que los ríos. Me gusta pensar que todas las mañanas, en los puertos de los ríos, hay tanto movimiento como en un aeropuerto o en cualquier otro terminal de transporte.

Como en los aviones y en los buses, existen varias opciones para el viajero de río. Las *voadoras*, las embarcaciones más veloces, re-

sultan también las de pasajes más costosos. Son lanchas metálicas o de fibra plástica impulsadas por motores fuera de borda.

Lo más barato es viajar en *falca*. Son pintorescas barcas de madera, con techo de paja para proteger a los pasajeros del sol y de la lluvia. Aunque lentas, pueden transportar hasta 40 personas.

Son tan importantes los ríos para la vida del hombre que, por ejemplo, Colombia vivió su niñez y su adolescencia alrededor del *río Magdalena*. Este río, que atraviesa casi todo el país, fue llamado por años el río de la patria, porque era la principal vía del comercio. Hoy sólo navegan por sus aguas planchones que llevan carga y lanchas que transportan pasajeros de un pueblo a otro: de Mompós a Magangué, de allí a El Banco o Plato, de Plato a Tamalameque y de allí a Gamarra; y de Gamarra a Barranca o hasta Puerto Triunfo.

El otro gran río, el *Cauca*, viaja paralelo al Magdalena y recorre 1.350 kilómetros. Este río



atraviesa una de las llanuras más fértiles del país, el Valle del Cauca.

El *Atrato* es el río por el que siempre he soñado viajar. Corre por el medio del departamento del Chocó y desemboca en el golfo de Urabá. Barcos de madera van y vienen permanentemente de Quibdó, que es la capital del Chocó, a Cartagena. El viaje dura normalmente 15 días. Pero si al llegar al mar sopla muy fuerte la brisa, la travesía se alarga pues se debe arrimar a una playa y esperar que amainen los vientos.

En el Pacífico desembocan más de 240 ríos, la mayoría muy cortos. El San Juan, el más caudaloso de ellos, es rico en oro y platino.

Conozco los ríos que entregan sus aguas al Amazonas y al Orinoco como la palma de mi mano. Los cruzan cientos de embarcaciones pequeñas, pero por ellos navegan también unas embarcaciones grandes muy especiales. Son las tiendas ambulantes de los mercaderes. Ellos van corriente arriba vendiendo arroz, sal, gasolina, cerveza y cachivaches. Al devolverse, corriente abajo, van comprando la madera, el plátano, el pescado y los demás productos que les ofrecen los habitantes de las orillas.

¡Qué lástima que del Amazonas, un río tan

ancho que en algunos sitios puede medir hasta 13 kilómetros, Colombia no posea sino 116 kilómetros! En total el Amazonas mide 6.500 kilómetros de largo.

ASÍ TERMINABAN las notas sobre los ríos de Papá Sesé. Luego escribió algo con letra más grande. Era como una especie de recuadro y decía así:

MUCHOS RÍOS de Colombia están enfermos, algunos de gravedad. Padecen una enfermedad contagiosa: la contaminación. Los hombres han confundido los ríos con basureños; por eso arrojan desperdicios en ellos.

También sufren de otra enfermedad: la anemia. Cada día parecen más flacos y débiles. De seguir así terminarán siendo simples hilitos de agua. Sólo los árboles los pueden salvar de este mal. Los árboles son los encargados de recoger el agua para alimentar los ríos. ¡Pero los hombres tumban y tumban bosques sin piedad!

Si en Colombia continúan derribando los bosques, mis biznietos no conocerán ni un río, ni una quebrada, ni una laguna... Etiopía, hace apenas 70 años, era un gran bosque; hoy es un inmenso desierto donde la gente se muere de sed.

Texto tomado de:

Colombia, mi abuelo y yo

Relatos mágicos de nuestra geografía

Autora: Lozano Pilar.

Ilustraciones de: Riaño Carlos

Santa fe de Bogotá:

Editorial Panamericana 1996